

UNA PASTORAL MARIANISTA EN LA CULTURA DE LA POSTMODERNIDAD Y LA GLOBALIZACIÓN

En las páginas anteriores hemos hecho un recorrido – rápido y en ocasiones esquemático – por el desarrollo de la pastoral marianista, desde Chaminade hasta nuestros días. Es ahora el momento de mirar al futuro y vislumbrar los caminos de la pastoral marianista en el Tercer Milenio, marcado por dos grandes coordenadas: la llamada *cultura de la postmodernidad* y la globalización. Lo que propongo son más intuiciones germinales que realizaciones logradas, más fruto de lo experimentado que de lo leído o estudiado. Por esa razón, prescindo de las notas bibliográficas, aunque lo publicado sobre postmodernidad y globalización es abundantísimo y de gran interés.

1. POSTMODERNIDAD Y GLOBALIZACIÓN: DIMENSIONES Y SIGNIFICADOS

a. Terminología

“Postmodernidad” y “globalización” son palabras relativamente recientes en la reflexión teológico-pastoral. Podemos situarlas fácilmente en las dos últimas décadas del siglo XX. Como todo neologismo, su significado varía según contextos y autores, desde la denostación más extrema a la aceptación más entusiasta.

Al menos etimológicamente, dice relación a modernidad, entendida ésta como el conjunto de valores y modos de vida que emergen en el Renacimiento, se formulan en la Revolución Francesa y se concretan en un modo de vida occidental y burgués en los siglos XIX y XX. Pertenecen al ideario de la modernidad valores como el mito del progreso científico-técnico de dominio de la naturaleza, la consolidación de una ética del ahorro, la responsabilidad y la laboriosidad; la formulación de los Derechos Humanos en el marco de una democracia política formal; la confianza en la razón y la ideología como motores del cambio social. El origen de la postmodernidad quizá se deba remontar al apogeo de la irracionalidad en la década de 1920-1930 y su formulación sociopolítica en los totalitarismos fascista y nazi. Detrás de esta crítica a la razón ilustrada está, sin duda, el pensamiento de Federico Nietzsche, que ataca virulentamente la doble fuente de la vida burguesa: la filosofía idealista de Platón y la Revelación judeocristiana.

En cuanto a *globalización*, el término tiene una matriz menos cultural y más socioeconómica. Así se denomina la configuración de una Economía a nivel planetario que interconecta un flujo de relaciones comerciales más allá de las fronteras nacionales. Las empresas multi o transnacionales, la mutua influencia entre los Mercados de Valores, la división internacional del trabajo o la Deuda Externa del Tercer Mundo son otras tantas manifestaciones de este “mercado global”. El desmantelamiento del sistema comunista – simbolizado en la caída del muro de Berlín en 1989 – contribuye sin duda a agudizar la idea de que el capitalismo Globalizado es la única configuración posible del mundo contemporáneo. Así lo han preconizado en el final de milenio teóricos como F. Fukuyama cuando habla del *final de la historia*.

b. Lo pensado y lo vivido

Sin embargo, antes que conceptos, *postmodernidad* y *globalización* son realidades vividas. La generación más mayor, que vivió los dramas de los años '30 y '40 (Segunda Guerra Mundial, Guerra Civil Española), fueron testigos de un cambio completo de condiciones de vida en los treinta años siguientes. El desarrollo económico, el éxodo rural y la extensión de un modo de vida urbano lleva a una primera ruptura con el modo de vida *preindustrial* heredado de la etapa anterior. La familia patriarcal da lugar a la nuclear y el progresivo, pero imparable, acceso de la mujer al trabajo fuera de casa redefine los tradicionales roles masculinos y femeninos.

1968 queda en la memoria reciente como el gran símbolo de una nueva inflexión: la protesta juvenil del *Mayo francés*, alentada por J.P. Sartre y los intelectuales críticos con De Gaulle, la *Primavera de Praga* como toma de conciencia de los peligros del totalitarismo soviético y la revuelta *hippie* que exalta la libertad y el pacifismo frente a la guerra de Vietnam son fenómenos que colocan como nuevos protagonistas de la cultura occidental a una generación de jóvenes que no conocen la etapa anterior y se oponen al control ideológico de la burguesía. Con el lema *la imaginación al poder*, surge la cultura de la protesta y la ruptura, la contestación y la subversión. En España esta ola llega con un cierto retraso, pero dinamiza la creciente oposición a Franco. Al calor de las revoluciones en Latinoamérica y del endurecimiento de la guerra fría, las generaciones más jóvenes toman como referentes a los líderes de izquierda, como Salvador Allende o el "Che" Guevara, auténtico icono de esta época. La política y la confrontación ideológica se prolongan como ambiente cultural hasta comienzo de la década de los ochenta.

Con la progresiva consolidación de la democracia se resuelven muchas de las tensiones exacerbadas por la censura y el control ideológico del último franquismo. Tras un breve, pero muy intenso y creativo, período de *movida cultural* (coincidente con la década de los ochenta), España entra de lleno en un proceso de europeización, consumismo acelerado y homogeneización a la baja del estilo de vida. Los antiguos rebeldes del 68 alcanzan posiciones clave en empresas, partidos y asociaciones y la utopía da paso al realismo más ramplón, mientras que por los resquicios de la sociedad del bienestar se cuelan las propuestas espirituales más novedosas y estrambóticas, desde la santería afrocaribeña a la meditación trascendental. El fenómeno *New Age*, tan inclasificable como universal, invade el denso mundo de la Aldea Global y tiñe el fin de siglo de una *nostalgia de lo sagrado* ambigua y contradictoria.

c. Crisis cultural, crisis personal

¿Cómo son los hombres y mujeres occidentales en el cambio de milenio? Más allá de los tópicos al uso, podemos señalar tendencias sin aventurarnos a hacer futurismo. Es un ser humano bien consciente de la fragilidad de los grandes ideales y que tiende a replegarse en el micromundo y allí satisfacer el ansia de relación que le provoca la aceleración creciente del engranaje económico. Sea narcisista, intimista, nacionalista, neoconservador o introspectivo, todas estas actitudes vitales son manifestaciones de un malestar que le lleva al alejamiento desencantado y desconfiado de los grandes proyectos culturales de la modernidad que marcaron los momentos anteriores de la Historia. Por eso, una tendencia muy característica es la permisividad:

lo que se lleva es una tolerancia benévola y bienpensante, una amplitud de criterio que a veces camufla una ausencia total de criterios. Si *todo vale*, entonces se pierde la orientación en temas tan cruciales como la vida sexual, la bioética, las opciones políticas o las estrategias económicas. Habitamos un universo cultural plural e indefinido, caleidoscópico y fragmentado. La ruptura del monolitismo cultural burgués típico de la Ilustración nos ha llevado a una *cultura-confetti* o *cultura-mosaico* hecha de pequeñas teselas. Por lo tanto, más que lo orgánico y estructurado, prima hoy lo variopinto, pluriforme, provisional y efímero. Mayores y jóvenes viven muy atentos a los vaivenes de la moda en el vestir, hablar, pensar, leer o crear, sin apenas reflexión crítica ni tomas de postura definidas. El valor estético-lúdico y lo relacional emergen como instancias valorativas de lo real. El problema es que no existen ya criterios objetivos universales y así un mismo fenómeno – la *telebasura* o la promiscuidad sexual, por ejemplo -, se pueden catalogar como avances de la libertad individual por unos y como degeneración por otros.

Tal como yo la percibo, esta crisis cultural tiene un impacto directo en las biografías de cada uno de los que vivimos en ella. Nos vemos en medio de un casi infinito número de posibilidades ofrecidas por la ciencia y la tecnología, pero a la vez, una densa red de condicionamientos impiden el desarrollo de las potencialidades que se nos anuncian. Esto, a la larga, produce desasosiego, frustración, ansiedad y depresión. Sabemos de sobra – no somos tan ingenuos – que el consumismo compulsivo de los productos ofrecidos por la publicidad no asegura la felicidad, pero actuamos como si así fuera. Eso lo saben bien quienes diseñan las campañas publicitarias y los técnicos del marketing.

Esta crisis personal – que ocasionalmente estalla en forma de violencia familiar, desequilibrios y patologías de todo género – sin embargo se percibe más como un *mal de fondo* corrosivo, pero lento e incluso tranquilo. Es esa *insoportable levedad del ser* narrada por M.Kundera o tan bien expresada por el cine: tanto *American Beauty* (1999) como *A propósito de Schmidt* (2003) nos plantean problemas de fracaso personal tanto en un hombre de mediana edad como de un jubilado. En estos y otros ejemplos, el cine pone ante nuestros ojos vidas anodinas y quebradas, insatisfechas y cerradas en un universo que ofrece todos los placeres, pero ningún agarradero firme.

Esto no quiere decir que no existan hombres y mujeres logrados que se centran afectivamente y consiguen vivir una vida plena de sentido. Los hay, y muchos. Pero el contexto en el que vivimos es tal que las inevitables crisis de crecimiento inherentes al desarrollo humano se ven – por decirlo así – amplificadas por una crisis cultural de sentido mucho más global y profunda.

d. Vias falsas de escape

Para salir de este universo cerrado en sí mismo, este caleidoscopio que deslumbra y aturde a la vez, el hombre contemporáneo ha ido desarrollando *estrategias de supervivencia* que suponen otros tantos intentos de poner un poco de orden racional en el caos. Los podemos denominar *falsas vías de escape* porque ninguna de ellas consigue afrontar y solucionar los problemas.

El *esteticismo* es una vía de escape sofisticada y refinada, típica de personas de buen gusto y un cierto nivel cultural. El culto a la forma, las buenas maneras y la

imagen ha invadido muchos estratos de la sociedad occidental, como un dique de contención ante la marea creciente de mal gusto y vulgaridad de la *cultura popular*. Como siempre, las *torres de marfil* suponen un ignorar conscientemente la dureza y fealdad de la realidad misma, su perfil menos bello y agradable. La estética convertida en absoluto deja de ser camino y expresión de la Verdad y se reduce a trampa narcisista centrada en la satisfacción de los propios deseos.

El *presentismo hedonista* es una vía de escape a base de la negación del futuro, la última versión del *Carpe diem* clásico. Es una forma de vivir(se) sin tener en cuenta las consecuencias ni la proyección hacia el porvenir de los hechos del hoy. Manifiesta una inconsciencia deliberada de quien no quiere asumir el peso de la libertad. Se dice que es un típico síntoma de la subcultura juvenil, pero en realidad se está extendiendo por todo el tejido social, avalada por la rapidez y eficacia de los procesos tecnológicos y económicos.

El *neoconservadurismo* es, quizá, la vía de escape con más solera y profundidad intelectual. Partiendo de un análisis catastrofista de lo actual y una semblanza idealizada del pasado,, se pretende dar marcha atrás a ideologías y modos de vida ya pasados. Existen versiones de izquierda y de derecha. Las primeras reivindican la utopía marxista y su praxis revolucionaria. Las segundas se basan en el trinomio familia-tradición-orden como alternativas a la disgregación cultural. Existen también versiones de corte nacionalista, racista, neofascista e incluso ecologista. En todo caso, la negación del mecanismo mismo de la historia (que , por definición, no tiene marcha atrás) no parece ser un buen punto de partida.

El *neomisticismo* es una vía de escape sutil y peligrosísima. Frente a la ramplonería y vulgaridad de la vida secularizada y materialista, muchos – sea cual sea su nivel de fe o afiliación religiosa – buscan una alternativa mística, dentro o fuera de la tradición cristiana. Este pseudomisticismo no busca tanto el contacto con el Dios de la trascendencia religiosa cuanto la autoterapia que compense del desgaste del consumismo y del ritmo frenético de la sociedad. Se han puesto de moda las tiendas de santería, claramente sincréticas, así como las experiencias de oración contemplativa basadas en las tradiciones de Oriente, por no hablar de la influencia del tarot, la quiromancia y otras prácticas adivinatorias de origen precristiano. No deja de ser preocupante que en estos ámbitos de *religiosidad salvaje* se formula una espiritualidad bastante confusa, mezcla de autoayuda , holística y esoterismo, pero con escaso calado ético. Más parece otro producto del mercado global que una auténtica búsqueda de Dios. La globalización, en este caso, propicia el sincretismo religioso, al conectar diversas tradiciones religiosas – desde el sufismo islámico al zen japonés, pasando por las religiones precolombinas , las tradiciones de Egipto , la cábala Judía o el mundo céltico – y amalgamarlas en un complejo de ritos y prácticas sin conexión interna, sin dogmas fuertes ni Revelación, sin Teología ni proyección antropológica. Al descontextualizarse los elementos de lo religioso emerge una *religión a la carta* de dudosa calidad teológica y que, a la larga, deja sin resolver las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida.

2. RETOS PARA LA PASTORAL EVANGELIZADORA DE HOY

a. Ruptura del marco tradicional de cristiandad

A estas alturas de comienzos del siglo XXI podemos ya aventurar algunos de los retos que la Evangelización y la Pastoral – dos términos cada vez más convergentes – deben afrontar pasado el primer período postconciliar.

Ante todo, debemos caer en la cuenta de que definitivamente se ha roto el marco de Iglesia de cristiandad que era vigente antaño. Este modelo, heredero de la reforma tridentina, surge reformulado en la edad contemporánea como religiosidad burguesa tras el primer impacto de la secularización en la primera mitad del siglo XIX. En tal modelo, la Pastoral se estructura en torno al cumplimiento de devociones y sacramentos, la familia patriarcal y un universo de valores presididos por el esfuerzo voluntarista, el trabajo y el ahorro. Se trata de una Pastoral de Conservación, con escaso impacto en los “alejados”, con los que se mantiene una diatriba apologética de tono apocalíptico. La actividad pastoral tiene como agentes principales al clero parroquial y las congregaciones religiosas. En un contexto claramente confesional o al menos muy tolerante con lo confesional, son signos típicos de esta Pastoral los concurridos actos litúrgicos y los acontecimientos masivos como Congresos Eucarísticos o peregrinaciones a los santuarios marianos (especialmente Lourdes y más tarde Fátima). El tono general es de exaltación de la identidad católica no exenta de una cierta arrogancia triunfalista.

Con el Concilio Vaticano II, resultado de las corrientes de renovación que atraviesan toda la primera mitad del siglo XIX, se rompe el marco de una pastoral de cristiandad. La Iglesia toma conciencia de que ha perdido a las masas de proletarios – seducidos por la ideología socialcomunista – y a los intelectuales, así como a los jóvenes, en los que se ceban los reclamos del capitalismo consumista. Ya no es posible una Pastoral de élite dentro de la masa cristiana porque tal masa no existe. Los movimientos de élite evolucionan hacia pequeñas comunidades eclesiales de “resistentes” que se fundan en una liturgia y relaciones fraternas más personalizadas y se van radicalizando en el compromiso socio-político (en España es paradigmática la evolución de la Acción Católica y sus movimientos especializados). Se da en los años setenta y ochenta el paso de un catolicismo de observancia religiosa a uno de participación crítica y así surge un estilo pastoral alternativo, fuertemente rupturista con respecto al modelo anterior, bastante racionalista y desconfiado de lo devocional, muy marcado por lo ideológico y muy atento a la producción teológica más renovadora. Este segundo estilo ha marcado la Pastoral de la Iglesia durante casi tres décadas y ha supuesto un giro antropológico en la Catequesis, la Liturgia, la Sacramentología y la Homilética.

Tal giro era imprescindible para pasar de una Pastoral de Masas a una Pastoral de Procesos de personalización de la fe. Como todas las etapas de transición, se ha agotado ya en los comienzos de los años noventa. Uno de los síntomas más obvios de tal agotamiento es el escaso impacto que tal Pastoral ha tenido en la postmodernidad. Surge así un nuevo estilo eclesial aún no definido y ligado al emerger en el seno de la Iglesia Católica, de los nuevos movimientos eclesiales. En este “Segundo Postconcilio” nos situamos para analizar los rumbos de una pastoral apta para la Evangelización en la era postmoderna y globalizada.

b. Superación del primer Postconcilio

Sostengo que el primer postconcilio – su primera recepción – ha quedado concluído con el pontificado de Juan Pablo II (1978-...). El símbolo de este cierre sería la década que va desde la caída del muro de Berlín (1989) al gran Jubileo del 2000. Con esta década se cierra una etapa de fuerte experimentación eclesial que ha supuesto una enorme reelaboración del concepto mismo de Pastoral Evangelizadora. Tanto el Concilio Vaticano II como Pablo VI (sobre todo con la exhortación “*Evangelii Nuntiandi*” de 1975) han puesto las bases de un concepto más misionero, menos clerocéntrico y más integral de Evangelización. Tal concepto lo han hecho suyo – con formulaciones a veces de cuño conservador – los nuevos movimientos eclesiales nacidos en los años setenta y que no han dejado de crecer numéricamente y en influencia en las dos décadas siguientes.

Características de esta Pastoral del primer Postconcilio han sido, entre otras:

- adopción de un lenguaje antropológico centrado en la categoría “experiencia”. Desde ahí se ha reelaborado una imagen más humana de Jesucristo y una lectura de la Escritura más social y alternativa.
- alejamiento del devocionalismo sentimental sustituido por una liturgia austera, esencial y muy creativa, con amplia participación de los seglares y despojada de todo elemento de discontinuidad entre sagrado y profano
- Una fuerte carga intelectual y racional para hacer valer el mensaje cristiano en un contexto científico-técnico. Cobran importancia en las planificaciones y materiales pastorales las aportaciones de la Psicología, la Sociología y la Antropología. En ocasiones, esto supone una relectura racionalista del dogma cristiano.
- Un desplazamiento de la identidad cristiana hacia la praxis de tipo sociopolítico. Incluso las experiencias más directas de oración y contemplación (retiros, Ejercicios Espirituales...) se enfocan desde esta perspectiva, con un cierto talante “utilitarista”.
- Una eclesiología crítica basada en la pequeña comunidad cristiana que luego se disuelve en la masa social para transformarla más por la colaboración con los no creyentes que por la institucionalización. Triunfa así la *Pastoral de mediación* sobre la *Pastoral de Presencia*. Para ello en los procesos pastorales se persigue la formación para la militancia cristiana.

En mi opinión, todo este esfuerzo ha sido muy valioso y ayudó a toda la Iglesia y a cada plataforma pastoral a salir de la cárcel dorada de la pastoral de cristiandad al encuentro de una sociedad en cambios muy profundos. Sería una irresponsabilidad y una injusticia no reconocer este esfuerzo renovador hecho por tantos cristianos convencidos y militantes. Dicho esto, sostengo igualmente que este camino realizado en los años sesenta y setenta es sólo el punto de partida para un momento ulterior, que entiendo empieza con la década de los noventa.

c. Hacia un nuevo lenguaje pastoral

El reto primero de la pastoral o evangelización es y ha sido siempre encontrar un lenguaje adecuado que vehicule el mensaje siempre vivo del Evangelio en categorías entendibles para la cultura de cada momento. Este esfuerzo constante de inculturación de la fe marca la historia de la Iglesia, y dentro de ella, de cada grupo, comunidad y movimiento.

La revisión del lenguaje pastoral de la etapa de cristiandad realizado en los años sesenta y setenta ha hecho que emerjan nuevas categorías imprescindibles de ahora en adelante. La Pastoral se orienta, más que al cumplimiento de los preceptos de la vida cristiana, a la experiencia personal y grupal de encuentro con Cristo y su seguimiento. Para ello es necesario – y ahí es decisiva la aportación de la Antropología Teológica de K.Rahner – ahondar en lo humano para encontrar en el mismo interior del ser hombre la apertura radical al Misterio Trascendente de Dios. Sólo así se hace razonable la oferta de fe y el proyecto humano que tanto la Escritura como la Tradición de la Iglesia presentan como normativos. La experiencia pascual de Jesús y su vida de radicalidad en el amor al prójimo se convierten en clave crítica que denuncia toda religiosidad jurídicista y pone las bases de una comunidad de hermanos llamados a ser alternativa y levadura en medio del contexto secular. Desde la praxis evangélica de Jesús, este nuevo lenguaje pastoral ordena todos sus elementos – predicación, celebración, catequesis, formación de individuos y comunidades – hacia el compromiso cristiano, clave de bóveda que abarca desde la pertenencia al grupo hasta la forma concreta de opción vocacional, laboral o matrimonial. En clave de compromiso se vive desde la oración hasta la diaconía para con los más pobres.

Como vemos, se trata de un lenguaje profundamente cristocéntrico, de fuerte raíz antropológica y orientación a la praxis. Mirado en retrospectiva, adolece de un cierto voluntarismo individualista, descuida los aspectos más lúdicos y festivos de la fe y se centra en una lectura racionalista y crítica del dogma cristiano y de la sociedad. Al subrayar el componente ideológico, genera polaridades que dificultan la comunión entre distintos grupos y corrientes. Hace suyas las adquisiciones de la teología más renovadora y se muestra muy sensible a la doctrina social de la Iglesia.

En la situación nueva que surge en los años ochenta y noventa y en contacto con la cultura de la postmodernidad y la globalización, veo necesaria una reelaboración de este lenguaje pastoral. Para ello, me parecen prioritarias algunas opciones:

- frente al voluntarismo (lenguaje típico de la modernidad), insistir en la interdependencia, el trabajo en grupo, la gratuidad y la compasión.
- frente a un racionalismo crítico seco, incluir como expresión de lo religioso la fantasía, lo lúdico y la estética, poniendo en juego el mundo afectivo y el “realismo mágico” como expresión de lo metarracional.
- junto al elemento ideológico – que es irrenunciable – conjugar las categorías relacionales (encuentro, gratuidad, presencia, escucha...) que vehiculan valores profundamente contraculturales como el silencio, la hondura, la capacidad contemplativa, la madurez espiritual, la relativización...

- junto al emerger del individuo como protagonista de la historia, subrayar el valor de la comunidad como enraizamiento, fuente de identidad, apoyo e instancia crítica de la propia subjetividad. Buscar no tanto formar “líderes” cuanto una comunidad ministerial y carismática en la que el individuo recrea su vocación personal.

Sin duda alguna, ya está surgiendo este nuevo lenguaje pastoral. Se nota y se ve no sólo en los artículos de revistas de Pastoral y los nuevos materiales catequéticos que se están haciendo, sino incluso en el talante nuevo de las propuestas. Hechos como el resurgir de la Piedad Popular entre los jóvenes o el gusto por las manifestaciones religiosas multitudinarias (Taizé o sin ir más lejos, la reciente visita de Juan Pablo II a Madrid a comienzo de Mayo del 2003) indican los nuevos rumbos de este nuevo lenguaje pastoral que está ya elaborándose y poniéndose en práctica.

d. La experiencia de Dios en un mundo secularizado

Muchos autores – y entre ellos destaco a mis profesores J. Martín Velasco y L. González-Carvajal – coinciden en situar la clave de la pastoral en la postmodernidad y la globalización en la experiencia de Dios. En un mundo profundamente secularizado y en el que la Religión y Dios no son factores configuradores de la vida de jóvenes y adultos, se plantea la acuciante cuestión de cómo iniciar en la experiencia de Dios. Nadie ha encontrado hasta ahora una respuesta completa - ¿acaso existe? – y aquí sólo pretendo adelantar algunas conclusiones provisionales y muy personales.

En primer lugar, no se puede olvidar que la experiencia de Dios es una Gracia antes que el resultado de unas determinadas técnicas de meditación y oración. La Pastoral tiene como término el disponer a la persona a la recepción de la Palabra, pero no puede ni podrá nunca asegurar el éxito de tal empresa. Por eso nos movemos en el campo de la mistagogía o iniciación al misterio de Dios revelado en Cristo.

En segundo lugar, la experiencia de Dios implica una determinada imagen de la divinidad (y de lo religioso en general) que nunca se puede dar por supuesta. En muchos casos, el primer cometido de la Evangelización será desbrozar las imágenes de Dios incompatibles con el Evangelio y muy extendidas tanto en el ambiente neopagano circundante como en la conciencia de muchos católicos practicantes. Esta labor es prioritaria para que el encuentro sea con el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo y no con un *ídolo de muerte* que esclaviza y reduce al hombre.

En tercer lugar, toda experiencia cristiana de Dios pasa por la ley de la Encarnación, auténtico lenguaje normativo de la Revelación que comienza en el pueblo de Israel y culmina en Jesús de Nazaret. Eso significa que la experiencia religiosa debe surgir, crecer y desembocar en y desde una experiencia humana. Por tanto, nunca está prefabricada, sino inculturada en la psicología y estadio evolutivo de la persona. Así, la experiencia de Dios transforma al creyente en un proceso pascual de muerte y resurrección hacia una creciente plenitud humana. En este contexto hemos de ser claros: “plenitud humana” en clave cristiana no coincide necesariamente con “autorrealización”, sino que su horizonte es la cristificación o identificación con Cristo de cada creyente, puesto que El es la plenitud de todo lo humano, como acertadamente sostiene el Vaticano II (GS 22) . Es verdad que el cristianismo contiene un humanismo, pero va más allá. La Pascua de Jesús pone en crisis toda reducción de lo cristiano a una *ética del bienestar personal* precisamente en nombre del realismo de la Encarnación. En

el extremo opuesto, el contexto postmoderno nos alerta del peligro de reducir la propuesta cristiana a una ética del sacrificio, la autosuperación y el esfuerzo voluntarista. En buena teología, el indicativo de la Gracia que salva es ontológicamente previo al imperativo moral.

Con estas tres premisas, el reto de la mistagogía cristiana en un panorama postmoderno y globalizado se concreta en varios desafíos interconectados:

- Despertar la sed de trascendencia en un mundo dominado por la inmanencia. Frente al imperio de lo sensible urge enseñar a percibir lo invisible, que no por ello menos importante. La Pastoral debe asumir el reto de despertar y ordenar los “sentidos interiores” para abrirlos al encuentro con Dios.
- Asumir como lenguaje propio de la mistagogía el narrativo y kerigmático y dejar de lado – quizá para un momento posterior – la elaboración doctrinal más intelectual. El agente de Pastoral debe ser un experto en narrar su historia de salvación, su encuentro con Jesús, gozoso y entusiastamente, en categorías más relacionales que dogmáticas.
- Vehicular una imagen de Dios bien enraizada en el Evangelio, poniendo a Cristo en el centro. Es peligroso, en un contexto de gran sincretismo, hablar de Dios sin más. Es mucho mejor referirse al Padre (nuestro y de Jesús); es mejor presentar la Iglesia como la comunidad de los seguidores de Jesús que como una organización... Fundamentar cristológicamente la imagen de Dios es muy importante para evitar adherencias neopaganas, gnósticas o para-religiosas y posibilita un acercamiento sin ambigüedades a otras tradiciones religiosas.
- Asumir que los procesos de maduración psicorreligiosa ya no son los de antaño. Niños y adolescentes ven prolongada su situación hasta edades que pueden sorprender. El agente de Pastoral, más que nunca, debe estar atento a los ritmos de evolución y saber aprovechar bien sus recursos. Así, es posible incluso con jóvenes de edad universitaria, sacar mucho jugo a lo lúdico y festivo como acceso a la experiencia de Dios. Esto no significa en absoluto infantilizar la presentación del Evangelio ni- como a veces se ha hecho – banalizar la experiencia religiosa con un lenguaje *light* y sin garra.
- En cada paso que se dé en la experiencia de Dios, verificar si hay un “eco antropológico” que encarne y haga real (y por tanto con capacidad de cuestionar y transformar la vida propia y ajena) tal hallazgo. Por ejemplo, el descubrimiento de Dios como Padre Misericordioso tendrá que tener en cuenta el contexto familiar – en concreto, la vivencia de la figura paterna en el catequizando – o corre el riesgo de enquistarse de forma patológica.

Como vemos, son muchos los retos que se plantean en torno a la experiencia de Dios. En mi opinión, aquí está la clave de todo proyecto pastoral y, como veremos en el último apartado de este capítulo, la tradición marianista ofrece en este punto numerosos y valiosos elementos a tener en cuenta.

e. Frente a un *pensamiento débil*, una *caridad fuerte*

Una de las acusaciones más frecuentes contra la postmodernidad es la ausencia en ella de un *pensamiento fuerte*, es decir, de una cosmovisión o síntesis de la realidad que ponga orden en ella y facilitara al hombre que por ella transita una comprensión de toda su complejidad. En los anteriores momentos de la historia – el Medievo, el Humanismo Renacentista, el Racionalismo, la Ilustración – existió tal síntesis. El siglo XX, con su fragmentación y globalización, parece no haber generado tal pensamiento que fundamente sólidas convicciones morales o éticas de fondo. El predominio de la racionalidad científico-tecnológica genera *síntesis débiles* y provisionales que rápidamente son sustituidas por otras más útiles, estéticas o rentables.

Sostengo – y para ello hago mío el sugestivo título de un artículo de J.I. González Faus – que frente al pensamiento débil, la alternativa teológica y pastoral es una caridad fuerte. Creo que la caída de las grandes ideologías nos ha debido enseñar a los cristianos que la mejor apologética – y aquí me adhiero al pensamiento de R. Fisichella o S. Pié-Ninot – no se da en el plano ideológico, sino en lo relacional. Frente al predominio de la racionalidad científico-técnica es un grave error querer resucitar una apologética racionalista, que da como resultado final un cristianismo cerebral y frío, dogmático y sin enganche en la nueva cultura que va surgiendo. El cristianismo no es una ideología, sino ante todo un hecho relacional: el encuentro interpersonal entre el hombre que busca y Dios, que le sale al encuentro en su Hijo Jesucristo. Su mejor lenguaje es narrativo y no conceptual, histórico-salvífico más que metafísico, relacional más que nocional. Sostengo que el Concilio Vaticano II ya ha dado por finiquitada una Evangelización hecha a base del binomio indocctrinamiento / moralización. Se ha abierto camino una Pastoral relacional en donde el elemento clave es la amor interpersonal. Ya el gran H. Urs von Balthasar decía que “sólo el amor es digno de credibilidad”. En un mundo de ideas fluctuantes y fragmentarias, desconfiado de los grandes programas ideológicos, el cristianismo se hace creíble no por su coherencia lógica, sino por el testimonio de amor hasta dar la vida por los demás. A nuestros contemporáneos les habla más de Cristo el compromiso real de Madre Teresa de Calcuta que la biblioteca de las obras completas de Santo Tomás de Aquino.

Es cierto que el mensaje cristiano genera pensamiento y cultura y será necesario seguir pensando, haciendo teología e investigando, pero esto es siempre un segundo momento. El primer paso de la Evangelización es, a mi parecer, *evangelizar el mundo relacional* y poner en el centro la experiencia del amor teologal que configura los vínculos humanos. Este *giro hacia lo afectivo* no es nuevo en el Cristianismo – que siempre lo ha ejercido desde Cristo mismo – pero se hace imprescindible en un contexto en que se operan numerosas fragmentas en el tejido social: la pareja, los grupos de amigos, la familia, los diversos grupos intermedios, sobre todo en las grandes urbes, se están quebrando y generan una creciente sensación de soledad, desamparo y desarraigo. Anunciar el Evangelio será, en este caso, acompañar a las personas y generar grupos y ámbitos en los que la amistad, la cercanía y el apoyo mutuos sean señal de la fe en Cristo. Junto a las reuniones dominicales más o menos masificadas de las misas parroquiales, cada vez se siente más necesidad de una *pastoral personalizada*, cercana a cada creyente, constructora de vínculos reales de fraternidad. En una red de pertenencias múltiples que puede desintegrarle, el hombre postmoderno debe poder encontrar en la comunidad cristiana – parroquial, colegial, de movimiento – un centro unificador desde donde abrir su vida al Evangelio. El movimiento comunitario del Vaticano II no es una

moda pasajera, sino la única manera posible de ser cristiano en la postmodernidad. De igual manera, en los procesos catequéticos debe primar el aspecto relacional – construcción del grupo, puesta en común de la vida – y a partir de ahí descubrir juntos la Buena Noticia de Jesús. Retengo este aspecto de lo relacional y el énfasis en lo afectivo como una de las grandes oportunidades que ofrece la postmodernidad para reorientar la Pastoral.

Primar la caridad relacional sobre el pensamiento racional implica cambiar radicalmente el estilo de la Evangelización. Implica asumir los ritmos lentos de lo interpersonal y explorar las posibilidades pastorales del juego, la estética y lo narrativo. Implica reducir – y tener, por tanto, muy claro – el contenido ideológico de la fe y reformular las diversas dimensiones del Cristianismo – oración personal y liturgia, compromiso por la justicia y ética, formación y hasta la misma Teología – en claves relacionales.

Sin embargo, el Evangelio es y sigue siendo instancia crítica, también en el aspecto de la caridad relacional. No cualquier tipo de comunidad evangeliza ni cualquier relación libera a las personas. La Pastoral de la Postmodernidad no puede renunciar a la denuncia profética de todo lo que esclaviza a personas y grupos ni puede orillar las dimensiones ascéticas del camino cristiano. Frente al hedonismo centrado en uno mismo, se afirman valores como la renuncia en favor del otro, la gratuidad de la entrega, el servicio humilde a los más necesitados y la acogida incondicional de las limitaciones ajenas. La caridad relacional se hace fuerte en la compasión y en la denuncia, pero no se deja engañar por la ideología, que tantas veces oculta muchas cotas de autoafirmación, demagogia y manipulación del otro.

De esta primacía de la caridad relacional surge, a mi parecer, un nuevo estilo de Iglesia que, sin renunciar a estar presente en el mundo, lo hace sin imposiciones ni altanerías, en diálogo y búsqueda con el hombre contemporáneo, sabiendo que en definitiva, la Verdad es Jesucristo, y no ninguna idea o formulación ni siquiera teológica. La Iglesia, maestra en humanidad, es capaz de evangelizar las relaciones humanas y desde ahí dar respuesta a los retos de la postmodernidad. La Pastoral debe concretar y articular los medios para realizar este fin.

3.CAMINOS PARA UNA PASTORAL MARIANISTA EN LA POSTMODERNIDAD

a. Marco simbólico: las bodas de Caná (Jn 2, 1-11)

Hasta ahora he hablado de Pastoral en un plano general, es decir, la actividad evangelizadora de la Iglesia Universal. Dentro de ella, ya lo hemos visto, la Familia Marianista tiene un estilo peculiar, definido por una tradición que remonta sus orígenes a Guillermo José Chaminade. A partir de todo el recorrido que hemos hecho en la historia, es mi propósito mostrar cómo la pastoral marianista puede dar una respuesta de evangelización en la postmodernidad.

Como marco simbólico de esta presentación usaré uno de los textos evangélicos más queridos a la Espiritualidad Marianista: el relato de las Bodas de Caná en Jn 2,1-11:

Había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino y la madre de Jesús le dijo:

- No les queda vino.

Jesús le contestó:

- Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.

Su madre dijo a los sirvientes:

- Haced lo que él diga.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo:

- Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó:

- Sacad ahora y llevádselo al mayordomo.

Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los servidores sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo:

- Todo el mundo pone primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea, Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en él.

A partir de este relato tan evocador, vislumbro hasta cuatro caminos o direcciones para la pastoral marianista en la era de la Postmodernidad y la globalización.

b. El camino de la mistagogía

El marco en el que se inscribe el milagro de Caná evoca muy bien la situación de la cultura actual: una boda en la que falta el vino, es decir, una situación teórica de encuentro y comunión interpersonal que va a fracasar porque falta la razón de la alegría. Aunque novios e invitados estén juntos, el banquete va a ser un fracaso y el vino representa la Gracia y bendición de Dios. De igual manera, la ausencia del Reino en la cultura occidental, puede abocar al fracaso a una sociedad que, aparentemente, goza de un bienestar sin precedentes.

El primer paso de una mistagogía marianista consiste en el *estar allí* que el texto dice de la Madre de Jesús. *Estar allí* significa no estar ausente de las situaciones y contextos en los que se juega la vida de nuestros contemporáneos. *Estar allí* significa encarnarse en los tiempos y lugares, de forma discreta y sin protagonismos, mezclados entre la gente, sin pretensiones ni soluciones preconcebidas. La mistagogía Marianista comienza con una *pastoral de la presencia*. Solo cuando se está presente, el marianista seglar o religioso, puede comenzar una acción evangelizadora. Por eso es muy importante acompañar a las personas en sus actividades y procesos, sabiendo que en cualquier contexto, por muy trivial o *profano* que pueda parecer, puede despuntar el Reino. Aquél *estilo Simler* basado en una cierta *fuga mundi* ya no sirve para la pastoral marianista de hoy.

Un segundo paso cualifica tal presencia: mientras la multitud de invitados permanece ajena a la carencia de vino, la Madre de Jesús está atenta, posiblemente por su doble condición de mujer y contemplativa. La mistagogía Marianista implica una

mirada contemplativa sobre la realidad para descubrir, más allá de lo superficial, las llamadas de Dios en las llamadas de los hombres. Esto se hace a partir del silencio interior y la oración, que deben ser educados y practicados día a día. El marianista seglar o religioso es persona de oración, que sabe establecer un sólido puente entre vida espiritual y cotidianidad. Hace suyas las enseñanzas de Chaminade sobre los *cinco silencios* como propedeútica para la misión. Por eso, a la hora de evangelizar, sabe leer desde el Espíritu de Jesús lo que ocurre en el mundo y enseña a hacer esta lectura cristiana de la realidad a los demás. En la Pastoral educativa y Catequesis juvenil esta lectura cristiana de la realidad es un *eje transversal* que debe atravesar todas las programaciones. En su labor pastoral, el marianista sabe poner todos los medios para que se descubra al Dios que actúa en el mundo y la historia. Cualquier otra dirección, por muy *mística* que resulte, entra en contradicción con un estilo pastoral basado en la Encarnación.

Un tercer paso de esta mistagogía Marianista es la centralidad de Cristo. La Madre de Jesús sabe que es su Hijo quien debe aportar el vino nuevo, signo del Reino, para que la boda no fracase. María no elabora estrategias propias para adquirir el vino con sus fuerzas. Mujer de fe, se atreve a *adelantar la hora* de la manifestación del Cristo, a pesar incluso de la respuesta un tanto hosca de Jesús. En la propuesta pastoral marianista, la centralidad de Jesús es crucial. Hecha la lectura cristiana de la realidad, el siguiente paso es el contacto real con Cristo, el único que puede transfigurar el agua de nuestra realidad cotidiana en el vino nuevo del Reino. Toda acción pastoral tiene como objetivo facilitar el contacto transformador con Jesús. Por eso, la pastoral marianista ha de cuidar con esmero el paso de una evangelización implícita a una explícita. No se puede permanecer indefinidamente en el umbral de la pre-evangelización, aunque sea necesaria. En un mundo de sincretismo y ambigüedades en que se mezclan las creencias de forma caótica, la pastoral marianista expresa un radical cristocentrismo, que sin embargo, se sabe modular en función de contextos, edades y procesos. Probablemente es más prioritario cultivar la interioridad que pasar directamente a la Sacramentalización. El camino de la pastoral marianista confía más en la *fe del corazón* y sus ritmos lentos que en los momentos de euforia religiosa o fervor coyuntural. Sabe que estos – sobre todo con los jóvenes postmodernos – son necesarios para caldear el corazón con intensidad, pero son más un punto de partida que de llegada. Desde este punto de vista, me parece que debemos recuperar como acción pastoral la práctica del acompañamiento personal, tan vapuleado en los últimos decenios. El primer paso será, lógicamente, que los marianistas implicados en Pastoral – seglares o religiosos – la practiquen y valoren.

La centralidad de Cristo es decisiva a la hora de enseñar a orar, hacer discernimiento o formar una comunidad cristiana. Por eso, este tercer elemento de la mistagogía marianista me parece irrenunciable. En el fondo, corresponde a la idea chaminadiana de la conformidad con Cristo, y su trilogía antropológica, expresa muy bien el polo de “conocer” .

c. El camino del servicio a los excluidos

Si seguimos bien el texto de Juan, el problema que la Madre de Jesús le plantea tiene bien poco de *espiritual*. Se trata de una necesidad material bien concreta que Cristo debe remediar. Como todos los signos que aparecen en el Cuarto Evangelio, el de Caná encierra un componente simbólico y parte de algo muy concreto para desembocar

en la manifestación de la gloria de Cristo y la confesión de fe en Él. Todo signo o milagro es en Juan una respuesta de Dios a las necesidades humanas. Normalmente se trata de carencias individuales (curaciones), pero en Caná tiene un componente sociológico, pues el destinatario del milagro es el conjunto de comensales del banquete. Es el mismo caso del milagro de la multiplicación de los panes y peces, único que aparece en los cuatro evangelios (Jn 6, 1-15 || Mt 14, 13-21 || Mc 6, 32-34 || Lc 9, 10-17). Salta a la vista el trasfondo social de estos milagros, que además atañen a las necesidades más básicas del ser humano: comer y beber.

Ya he aludido antes a la centralidad de la caridad relacional. En un contexto de globalización como el nuestro, la pastoral marianista incluye en su agenda las acciones necesarias para que en nuestro mundo reine la justicia y la paz para todos. Eso implica que en todos los niveles el anuncio del Evangelio lleva intrínseca la promoción humana de todos, pero de forma prioritaria de los más necesitados, en los que Cristo desea ser reconocido y servido. Allá donde trabaja una comunidad marianista, deben surgir iniciativas a favor de los más pobres, ya sea desde la denuncia y la sensibilización como en proyectos concretos de solidaridad y promoción. En la Pastoral educativa marianista, se trata de que niños, jóvenes y familias tomen conciencia de la interdependencia en un mundo de recursos limitados y pecados estructurales. Es cierto que el principio operativo de la caridad evangélica sigue siendo aquél de *pensar globalmente y actuar localmente*, pero el mismo Juan Pablo II pide a los católicos que frente a la globalización del consumo y la injusticia surja una globalización de la solidaridad. La extensión internacional de la Familia Marianista hace posible que se tiendan puentes de solidaridad entre el Primer y Tercer mundos, en forma de apadrinamientos, financiación de proyectos o experiencias de voluntariado. Es en este campo donde la colaboración o misión compartida entre las ramas de la Familia Marianista puede dar sus mejores frutos, incluso a nivel vocacional.

En el milagro de Caná, Jesús no hace brotar el vino de la nada, sino que parte de lo que ya existe: el agua de las purificaciones rituales. A la hora de una acción solidaria, muchas veces la pastoral marianista no tiene la iniciativa, ni le tocará crear directamente estructuras nueva, sino que apoyará lo que se está haciendo en la sociedad civil o la Iglesia local o universal. Es importante que cada centro de pastoral – colegio, parroquia u otros – se integre en la Diaconía de la Iglesia y allí aporte lo específicamente marianista: una pastoral de encarnación, la sinergia de seculares y religiosos, el *espíritu de familia* y una cierta sensibilidad mariana. La colaboración con Cáritas y Organizaciones no Gubernamentales confesionales o no, el acercamiento a asociaciones de servicio específicos (pastoral penitenciaria, rehabilitación de toxicómanos, integración de gitanos o emigrantes, atención a transeúntes, ancianos o enfermos terminales) enriquece a la pastoral marianista y la abre a posibilidades nuevas.

Este aspecto social y caritativo es un componente esencial del proyecto pastoral marianista y es la piedra de toque de autenticidad evangélica. En las obras educativas, la doctrina social de la Iglesia debe ser otro *eje transversal* claro para todos los educadores, religiosos y seculares. En la programación pastoral, se debe prever una iniciación al compromiso social y sería deseable que iniciativas como el Proyecto Ayuda, con ya veinticinco años en su haber, se extendieran a todos los Colegios. Es muy importante que el colegio marianista, se sitúe en un barrio u otro, sea un motor de voluntariado a favor de los colectivos más excluidos de la sociedad. Esto lo exige tanto un concepto global de la educación (y como tal aparece en las *Características de la*

Educación Marianista) como el mismo Evangelio de Jesús. Por su parte, la parroquia confiada a los marianista, muchas veces situadas en zonas populares con muchos problemas estructurales, es una magnífica plataforma para la atención a los necesitados, merced a su integración en el barrio. Es de desear una interrelación profunda entre el grupo de Cáritas y los demás grupos parroquiales, de tal forma que no existan departamentos estancos ni *corralillos*. En una parroquia marianista, los niños y jóvenes en el proceso catequético pueden fácilmente entrar en contacto con las necesidades del barrio y ser iniciados en el compromiso cristiano. Para ello hay que dedicar tiempo, personas e imaginación.

En cuanto a las Comunidades Laicas Marianistas, será siempre un excelente signo de su madurez su capacidad de generar iniciativas de servicio y solidaridad. En la provincia de Zaragoza, desde hace unos años la Asociación AMAT, surgida desde Fraternidades, realiza una interesante labor de concienciación y voluntariado para con las obras marianistas en Colombia. En un plano aún embrionario, algo similar puede estar surgiendo con la asociación Las Conchas-Verapaz de la Familia Marianista de Cádiz con respecto a aquella región depauperada de Guatemala. Más reciente aún es el grupo Encuentro, que está dando sus primeros pasos para la atención a la creciente población emigrante en el entorno de la parroquia marianista Santa María Madre de la Iglesia en Carabanchel Alto (Madrid). En este último caso, es de destacar que desde el inicio han participado todas las ramas de la Familia presentes en Madrid capital: religiosas, religiosos, Fraternidades y CEMI. Todas estas iniciativas, algunas más consolidadas que otras, son otros tantos caminos de futuro que sin duda pueden renovar el compromiso de los Marianistas Laicos en favor de la Justicia y la Paz.

Una respuesta cristiana a la globalización de signo capitalista es la solidaridad y el servicio. La Pastoral marianista asume este reto y hace de él una de sus prioridades. Ya Chaminade y los primeros congregantes de Burdeos comprendieron que reevangelizar Francia y su cultura implicaba un serio compromiso social. En la antropología chaminadiana toda esta dimensión se resume en un verbo esencialmente evangélico: “servir”.

d. El camino de la comunidad

El milagro de Caná tiene un claro contexto comunitario: Juan lo sitúa tras la constitución del grupo inicial de discípulos de Jesús (Jn 1, 35-51) y los *tres días después* de Jn 2,1 cierran una semana inaugural – eco de los siete días de la creación – en que Jesús crea las bases de su Reino. Tras el milagro y como resultado suyo, crece y se afianza la fe de sus discípulos (Jn 2,12) y juntos bajan a Cafarnaún, que pasa a ser la base de operaciones de la comunidad que forman Jesús y los suyos. Durante el milagro, los discípulos son meros testigos, pero hay otro grupo, el de los sirvientes, que a las órdenes del Maestro, trasiegan el agua y hacen llegar el vino al maestra sala. Como vemos, en todo momento Jesús actúa y se mueve en un contexto comunitario. Paralelamente ocurre en la multiplicación de los panes, cuando el Señor implica a los Doce en la resolución del hambre de la multitud (ver Jn 6,5).

Lo comunitario es un elemento esencial de la tradición pastoral marianista. Es el testimonio de la comunidad – y no el individual – el que alienta, convoca, compromete y envía. La pastoral marianista cumple su cometido en la medida que genera redes de comunidades que vibran con el mismo espíritu de familia. No es la pastoral marianista

una pastoral de individuos y ni siquiera de élites, sino un movimiento comunitario y expansivo. Es en la comunidad donde cada creyente es iniciado en la fe, en la oración, la revisión de vida y el compromiso. En comunidad y en la mutua interdependencia se asumen los propios límites, se suscitan carismas y vocaciones, se forjan relaciones y fluyen ideas, proyectos y sentimientos. El despertar de lo comunitario en la Iglesia del Vaticano II coincide con algo central del carisma marianista. Más aún: la propuesta comunitaria articula una eclesiología de comunión con un *alma mariana*, tal como han reconocido el último Capítulo General de la Compañía de María (Roma, 2001) como su actual superior general, P. David Fleming (especialmente en su Circular n° 9 *Testimoniando la esperanza que hay en nosotros*, del 12 septiembre 2002). Si es cierto que la Espiritualidad Marianista vehicula una imagen mariana de la Iglesia, por fuerza esto se ha de manifestar en la Pastoral.

En primer lugar, la pastoral marianista tiene como agente principal al grupo o equipo más que al individuo. La constitución de equipos misioneros estables – aunque sus miembros cambien – es una prioridad. Los personalismos más o menos narcisistas y la pastoral hecha por francotiradores tienen poco que ver con la tradición marianista. El trabajo en equipo exige formarse en el diálogo y sacrificar la eficacia a corto plazo en aras de la consolidación del grupo. Esto se vive en un claustro de profesores, un equipo de pastoral, un consejo parroquial o un consejo – de zona, región o provincia – de Fraternidades. Desde la experiencia comunitaria, los marianistas – seglares o religiosos – saben iniciar a niños, jóvenes y adultos en la formación y promoción de comunidades.

Por eso, en segundo lugar, el objetivo final de la pastoral marianista es la constitución de comunidades. No cualquier grupo es una comunidad: lo es cuando surge la fraternidad, la experiencia compartida del Espíritu del Resucitado y un proyecto común. Un grupo de alumnos, de profesores, de padres de familia, de monitores, catequistas o hermanos se hace comunidad poco a poco en un trabajo lento de forja de relaciones y de experiencias compartidas. El agente pastoral marianista sabe poner todo su ingenio y dedicación, sus cualidades personales y dones espirituales para construir comunidad al estilo de María, desde la escucha y la disponibilidad, la sencillez y la cercanía.

El *estilo mariano de Iglesia* es la mejor aportación que la pastoral marianista puede hacer a la Eclesiología del Vaticano II. Un tipo de comunidad no exclusiva sino inclusiva, abierta a la sociedad, con gran interacción entre seglares y religiosos entre jóvenes y mayores, hombres y mujeres, que prima el encuentro en la fe sobre la discusión ideológica, que trae la vida y la realidad al centro de la comunidad...Es una forma de hacer comunidad o Iglesia que en su momento Chaminade intuyó para la revitalización de la Iglesia francesa. Doscientos años después, sigue siendo válido este camino, en una sociedad marcada por el individualismo y la desintegración de los vínculos interpersonales.

La pastoral marianista se hace en comunidad, desde la comunidad y para la comunidad. Es un trabajo lento, como lo fue para Jesús hacer de los Doce el origen de la Iglesia, y precisa la asistencia del Espíritu Santo, puesto que es más que un fenómeno sociológico. Chaminade, sensible a la eclesiología del Cuerpo Místico expresada por Pablo (1 Co 12, 12-30; Ro 12,4-5), se empeñó a fondo en la organización de una red de comunidades dinámicas, de gran cohesión interna y riqueza de carismas y ministerios. En los albores del Tercer Milenio, la Familia Marianista recibe como misión propia la

propagación de este modelo mariano o familiar de Iglesia. En la construcción de la comunión- *koinonía* a través de la acción pastoral se concreta otro de los polos antropológicos chaminadianos: “amar”.

e. Un camino guiado por María

Acabo de aludir a un *modelo mariano de Iglesia* que surge en la pastoral marianista. En el texto de Caná, María cumple un papel central, catalizando la acción de Jesús y la *hora* de su autorrevelación. María se convierte así no sólo en remediadora de las carencias e intercursora ante el Señor, sino también en dinamizadora de la misión de los servidores y, de forma indirecta, formadora en la fe de los discípulos.

El camino de la pastoral marianista se hace siguiendo las huellas de María, desde la Encarnación a Pentecostés,. María se acompasa a los ritmos lentos de la educación de Cristo y de la primera comunidad cristiana. Aliada del Espíritu Santo, María educa y alienta tanto al Hijo de Dios encarnado como a su Cuerpo, la Iglesia. Desde la fe del corazón María enseña a su Hijo a buscar a Dios y su Reino sobre todas las cosas y a la Iglesia a salir en misión por todo el mundo, tal como mandara el Resucitado. Proclamada por Pablo VI como Madre de la Iglesia al final del Concilio Vaticano II, María fue la fuerza inspiradora de Chaminade en la puesta en práctica de un proyecto pastoral tan arriesgado como novedoso. Hoy María está también inspirando un modelo pastoral dialogante y a la vez profundamente arraigado en la fe, que prima la libertad, pero sabe acompañarla y guiarla. Un estilo pastoral que va creando comunidad fraterna y misionera, servidora y entrañable. El espíritu de María, que resume lo mejor del Evangelio, es el alma del proyecto pastoral marianista.

Más que multiplicar las referencias a María en las programaciones pastorales, lo propio de la pastoral marianista radica en cultivar los grandes valores por los que María destaca en el Evangelio: la fe confiada en Dios, la entrega sin reservas al Reino y una solicitud maternal y sencilla por los hermanos. Estoy personalmente convencido de que estas son las claves que dan sentido a la pastoral marianista del presente y lo seguirán haciendo en el futuro.

Epílogo

LOS NOVA BELLA DE AYER Y HOY

A lo largo de la reflexión que ahora acabamos hemos hablado mucho de Pastoral. La Teología Práctica o Pastoral tiene un proceso y metodología específicos entre las disciplinas teológicas. Resulta siempre de un diálogo entre la Teología Dogmática y las Ciencias Humanas en vista a la Evangelización. El dogma cristiano y sus presupuestos bíblicos y filosóficos se pone en contacto con las coordenadas culturales de cada momento cultural (la Sociología, la Psicología, la Pedagogía y la producción artística, entre otras) y de ese contacto, que varía en el espacio y el tiempo, surgen las diversas propuestas y estrategias de evangelización, que se concretan en estilos y acciones concretas, desde la forma de orar hasta la catequesis, la predicación o la acción sacramental.

¿Existe un *estilo pastoral marianista* ? En las páginas anteriores hemos ido mostrando que sí: existe en tanto que existe una teología o, mejor aún, una espiritualidad propia que relee el entero dogma cristiano desde el carisma de Guillermo José Chaminade. Cuando esta lectura marianista del dogma se encarna en los diversos contextos socioculturales surge la pastoral marianista, que es antes una experiencia que un proceso mental, aunque por supuesto implica reflexión, programación y revisión.

Chaminade no sólo es el iniciador de un nuevo camino espiritual que llamamos “carisma marianista”; es también un pionero de un nuevo estilo evangelizador que da por finiquitado el modelo de cristiandad previo a la Revolución Francesa. Los *nova bella* que tiene que afrontar desde 1800 son retos enormes: la reconstrucción del tejido eclesial maltrecho por la división y persecución del clero, la desorganización de las instituciones del cristianismo postridentino y la infiltración en gran parte de la población del indiferentismo religioso y la secularización propias de la Ilustración y que las revoluciones liberales hacen suyo. Chaminade hubo de emprender una labor de reevangelización de una sociedad por primera vez descristianizada en forma sistemática, tomando como protagonistas a los seglares reunidos en comunidades. Hubo que responder a la falta de formación cristiana con un fuerte programa de educación en la fe, en un momento en que ni la parroquia ni la familia aseguraban la transmisión de la fe. Hubo de formular un estilo de catolicismo activo, misionero y creativo, cercano a la población juvenil educada en la secularización, y a los más pobres, primeras víctimas de la incipiente revolución industrial.

Doscientos años después el contexto de la Evangelización ha cambiado en muchos aspectos, pero se mantiene en pie el reto de anunciar el Evangelio en un mundo que muchos ya califican como *postcristiano*. Los *nova bella* que la Familia Marianista afronta hoy son tan exigentes o más que los de Chaminade en 1800: la transmisión de la fe en un mundo fragmentado y globalizado, la formación en la del corazón de individuos y comunidades, la propuesta de un modelo eclesiológico renovado y marcado por una espiritualidad de la Encarnación, la apertura al mundo, el impulso misionero y un *espíritu de familia* marcadamente mariano. Aunque las realizaciones concretas varían según los contextos culturales y eclesiales, estas son las notas características de la propuesta pastoral marianista.

Es nuestra labor, la de todos los y las marianistas – religiosos y seculares – hacer la transición entre una espiritualidad de la encarnación (nuestra manera propia de releer y revivir el evangelio de Jesús) y la práctica pastoral. Para ello hemos de contar con ese tesoro de experiencia pastoral acumulada en dos siglos de evangelización marianista y que hemos ido recorriendo en el presente trabajo. Con este bagaje y bajo el signo de la fidelidad creativa podemos salir con confianza al encuentro de la sociedad postindustrial y postmoderna del siglo XXI. A Chaminade le tocó, inspirado por el Espíritu y bajo la guía de María, poner en pie un proyecto pastoral innovador y arriesgado en el momento en que amanecía el mundo contemporáneo. A nosotros, sus continuadores, nos toca reformular tal proyecto para que sea vigente y actual para la Iglesia y el mundo de hoy. Necesitamos audacia y lucidez, capacidad de trabajar en familia y un talante misionero. Nunca nos van a faltar, y de esto estoy seguro, ni el soplo del Espíritu ni la guía de María. De nosotros depende ahora y en los próximos años luchar las *nova bella* de nuestro tiempo con el mismo impulso que lo hicieron Guillermo José y la primera generación marianista.

© MUNDO MARIANISTA